

Sobre el Congreso Regional de Agricultores

El H. Senador don Patricio Aylwin nos entrega la siguiente declaración:

Creo mi deber referirme a las conclusiones y discursos con que finalizó la reunión de agricultores clausurada el domingo último.

Sin lugar a dudas, la agricultura es la principal actividad de esta zona, y como Senador de las Provincias de Curicó, Talca, Linares y Maule, estoy empeñado preferentemente —ahora que he quedado libre de otras tareas— en el estudio de los problemas que afectan a esta actividad básica para la región y para Chile entero, con el ánimo decidido de contribuir a solucionarlos.

Sería torpe desconocer la importancia de esos problemas, pero es criminal que algunos traten de explotarlos demagógicamente. No será intentando vanamente volver atrás en el curso de la historia, ni desconociendo las leyes de la República, ni con incitaciones demenciales al uso de las armas, como se resolverán esos problemas. La actitud francamente sediciosa de quienes llegaron a Talca con aviesa intención política, a sugerir esos caminos, no ofrece ninguna solución razonable a las dificultades que a diario encuentran los hombres que trabajan la tierra. Los caminos de violencia sólo conducen a la destrucción y al caos; si se desencadenaran en los campos —como algunos desean— las primeras víctimas serían los agricultores. Es to no puede ignorarlo ninguna persona sensata.

Estoy seguro que esas actitudes no representan la opinión de los 35.000 empresarios agrícolas de la región del Maule; cuando más satisface la soberbia ofendida y rencorosa de pequeños grupos minoritarios a quienes desespera la pérdida de su poder de dueños y señores de la zona.

El problema de la agricultura no es la aplicación de la reforma agraria, que en nada afecta a los buenos agricultores, a quienes sin embargo se procura atemorizar. Mal que les pese a algunos, la reforma agraria seguirá adelante, con serena firmeza, como el mejor medio de impulsar, el desarrollo económico social del agro chileno.

El problema de la agricultura no es, tampoco, la llamada "agitación campesina". Ciertamente es que el campo chileno está viviendo un clima de inquietud social antes desconocido; pero esto constituye un fenómeno tan natural como el de las crisis biológicas por las que atraviesa la vida de todo organismo, la adolescencia, por ejemplo.

Durante casi 50 años la agricultura logró mantenerse al margen de la cuestión social que conmovía a otros sectores; mientras en la minería, la industria se organizaban sindicatos y proliferaban huelgas, el campo chileno dormitaba en quietud colonial. Esto determinó que mientras los trabajadores de la ciudad y de las minas avanzaban en sus conquistas económicas y sociales, el campesinado se quedaba atrás.

La primera tarea de la Democracia Cristiana en el Gobierno y por lo tanto del Presidente Frei, ha sido corregir esa situación, incorporando a los campesinos a los mismos derechos que el resto de los trabajadores chilenos. Naturalmente, este paso tan trascendental tenía que producir algunos desajustes. Estamos viviendo la etapa inicial de un nuevo régimen en el que el campesino participa como persona en los frutos de la empresa agrícola y reclama el derecho de ser oído en sus decisiones. Quienes, aferrados a viejos hábitos, no sean capaces de adecuarse a este nuevo régimen verán en este proceso nada más que agitación. Pero los empresarios inteligentes y abiertos al progreso comprenderán que esta participación de los trabajadores robustece a la empresa agrícola frente a los otros sectores de la economía nacional y que

si con ecuanimidad se acepta y promueve una verdadera asociación entre capital y trabajo en la explotación agrícola, no sólo se conseguirá paz y justicia, sino también una mejor participación del agro en la distribución de la renta nacional.

La mejor prueba de lo anterior es que mientras el domingo pasado algunos insensatos despotricaban en el Teatro Palet de Talca palabras de violencia, el conflicto campesino de Lontué estaba siendo pacífica y equitativamente solucionado por el Gobierno mediante un arbitraje que los respectivos trabajadores y empresarios aceptaban. Los agoreros del caos fueron, una vez más, desmentidos por los hechos.

Los verdaderos problemas de la agricultura —aparte del régimen de tenencia de la tierra que la reforma agraria trata de rectificar— son los costos y precios, productividad y comercialización. Los productos de la tierra chilena, por la carestía de muchos insumos y la baja productividad, resultan a menudo de un alto costo. El precio que el sector agrícola recibe por ellos, aunque a veces sea igual del mercado internacional, aparece por tanto insuficiente. Por otra parte, la comercialización del producto es generalmente irracional, haciendo que los consumidores paguen mucho más y el margen de diferencia no beneficie a los productores.

El Gobierno está consciente de estos problemas y sería atroz injusticia desconocer los esfuerzos que en los últimos dos años y medio se han estado realizando para solucionarlos. Los precios agrícolas han obtenido —salvo casos excepcionales como el de papas y porotos este año, a causa de muy abundantes cosechas— los mejores reajustes reales de la historia de Chile. El crédito a la agricultura se ha elevado desde 284 millones de escudos en 1964 a 779 millones en 1966, medido en la misma moneda de este último año, y el número de empresas beneficiadas por él ha crecido en más del 50% en el mismo período. Estos son hechos innegables.

A pesar de todo esto y de muchas otras medidas que sería largo reseñar, es evidente que el problema subsiste y en algunos rubros adquiere caracteres dramáticos. No se ha conseguido frenar el aumento de los costos, ni hemos logrado solucionar los problemas de productividad y comercialización, para que el trabajo agrícola rinda más y los márgenes entre productores y consumidores se acorten. En estos aspectos hay una tremenda y urgentísima tarea que realizar, en las que tienen responsabilidad conjunta Gobierno, empresarios agrícolas y campesinos.

Frente a estos problemas, es indispensable aunar los intereses de la empresa agrícola con los del país, y dentro de esa empresa, sus diversos integrantes. Con espíritu constructivo y buena voluntad se pueden sin duda encontrar soluciones de justicia, que es lo que busca el Gobierno y anhelamos sus colaboradores. Para ayudar a buscar esas soluciones, dentro de este espíritu, estamos abiertos a todo diálogo y dispuestos a cualquier trabajo.

La verdadera hombría no consiste en gritar demasías ni hacer amenazas; consiste en afrontar varonil y responsablemente los problemas tal cual se presentan y buscar soluciones racionales y equitativas. Esto es lo cuerdo y patriótico y confío en que es lo que realmente quieren la mayoría de los campesinos y también la mayoría de los empresarios agrícolas de la zona.

PATRICIO ALIWIN A.

Corporación